

CELIA NÚÑEZ DE BUNKER

Directora, Servicios Sociales, Tribunal General de
Justicia Estado Libre Asociado de Puerto Rico
y Directora, Instituto Puertorriqueño de Relacio-
nes de la Familia

EL ADOLESCENTE EN LA FAMILIA

Trabajo leído ante el personal del
Servicio de Extensión Agrícola du-
rante el programa de adiestramiento
ofrecido en agosto de 1956.

SEIS son las principales funciones que debiéramos asignar a la adolescencia, si consideramos los patrones que privan en la crianza de los hijos en nuestro medio cultural, las necesidades emocionales de la juventud en este período y las exigencias que impone la sociedad a los adultos como mínimas para una convivencia satisfactoria. En el logro de los objetivos que debieran alcanzarse para llegar a la madurez, los niños de ambos sexos tienen serios conflictos y dilemas que afectan, a la par que son afectados por las relaciones en la familia.

Esboceemos ligeramente cuáles son estos seis logros que corresponden al período de la adolescencia (si bien es cierto que a menudo ocurre que todavía en la vejez muchos individuos continúan con retazos de adolescentes), y luego más adelante

examinemos las dificultades que la juventud tiene que vencer en el seno del hogar:

1. Emancipación de la dependencia emocional en ambos padres;
2. Selección de una vocación u oficio;
3. Adquisición de competencia en sus relaciones con las personas del sexo opuesto fuera del núcleo familiar, que entre otras cosas conduzca a una adecuada selección de su futuro cónyuge;
4. Aceptación de su propia persona, los cambios que han ocurrido en su cuerpo y las exigencias que la sociedad ha impuesto a los de su sexo; lidiar con los impulsos sexuales;
5. Resolución o por lo menos comprensión de sus conflictos interiores y de los problemas de relaciones con sus padres, hermanos y otros del núcleo familiar para poder desenvolverse más adelante con libertad interior, y
6. Adquisición de un comportamiento que cuadre al anhelado status de adulto.

Cuando en el hogar priva un clima de cariño, aceptación y respeto; cuando hay relaciones armoniosas tanto entre los padres como entre éstos y los hijos; cuando adultos y menores están todos seguros de su propia valía; cuando hay claridad y consistencia en los cánones para el comportamiento y los niños reciben una adecuada supervisión; cuando todos en el hogar logran en él la satisfacción de las necesidades emocionales básicas, entonces el adolescente cruza este período generalmente aceptado como tormentoso sin grandes frustraciones o desconciertos. De desengaños y desilusiones siempre tendrá una buena dosis. . . En todos los hogares sobrevienen crisis y hay privaciones de las cuales no se puede proteger a los niños; no es posible concebir que éstos crucen la vida sin desengaños. Las crisis y las frustraciones son experiencias inevitables para todos, y de hecho fortalecen la personalidad en lugar de debilitar-

la, cuando el individuo tiene dentro de sí la seguridad emocional que provee el sentirse respaldado por su familia, que le quiere y que le acepta.

Examinemos las funciones que alegadamente corresponden a la adolescencia y vivamos con nuestros niños y niñas algunos problemas de este período para dejar señaladas algunas limitaciones cuya comprensión convendría propulsar.

El destete

Creer es saludable e imperioso. Pero para los padres el crecimiento del hijo es doloroso: Nos gustaría retenerlo siempre a nuestro lado. Lo sobreprotegemos. Deseamos proveerle una vida tranquila, sin privaciones ni problemas. Inconscientemente tememos que su crecer nos arroje a la cara nuestro avance a la vejez. Por otro lado, no concebimos que nuestros hijos dejen de ser niños. Les llamamos "el nene" o "la nena" ya pasada su mocedad. Por más que sepan de la vida, nos parece que les falta experiencia. Nuestros miedos sexuales nos llevan a temer que no sepan cuidarse y que tengan experiencias dolorosas en sus relaciones heterosexuales.

Tanto los arropamos con nuestro celo y preocupación que multiplicamos los problemas que normalmente tendrá el hijo para lograr su emancipación emocional: problemas relacionados con su miedo a equivocarse al trillar el camino desconocido; temor a que lo consideremos ingrato o desleal cuando defienda causas o se inicie en derroteros distintos a los que nosotros defendamos; miedo a hacer el ridículo cuando se atreva a comportarse como un adulto o cuando asustado, vuelva atrás sus pasos y se comporte de manera infantil; dificultad para entender y canalizar sus impulsos naturales; inseguridad al desenvolverse en las relaciones heterosexuales, problemas de relaciones con el progenitor de su propio sexo, y así sucesivamente.

Sólo podrá emanciparse emocionalmente quien esté seguro de sí mismo y del cariño y aceptación de sus padres. Sólo pue-

de llegar a ser independiente emocionalmente quien haya saciado hasta el tope su sed de dependencia. La emancipación se hará muy difícil para el adolescente si en el hogar no ha habido consistencia en el cariño y en la expresión de dicho cariño; si los disgustos conyugales han cernido sobre el hijo un pánico a perder uno o ambos padres; si la sobreprotección de éstos ha tenido su origen en un sentimiento de culpabilidad por considerar que no querían a su vástago o que no le ofrecían suficiente tiempo; si el excesivo apego de uno o ambos padres ha tenido un fundamento neurótico y el niño servía para derivar de él el cariño que no se podía obtener del cónyuge; si se le ha exigido con recriminaciones que pague con ciega obediencia, lealtad y apego los desvelos de los padres; o si siendo éstos infantiles, han impuesto sobre el hijo la responsabilidad de servirle de báculo y le han sobrecargado de presiones emocionales privándole de su niñez.

Los hijos no nos pertenecen; meramente los tenemos prestados. Gocemos con verles crecer y desarrollar al máximo sus potencialidades. Guiemos con tino pero sin rigidez la formación de su carácter. Estemos emocionalmente preparados para dejarlos ir a formar nuevos hogares, al llegar a su mayoría de edad. Que en la adolescencia tengan ellos la seguridad de nuestro apoyo y nuestro reconocimiento cuando se inicien en los diferentes senderos de la vida adulta. Que nuestro respeto a la valía de su personalidad les estimule hacia el adelanto de sus potencialidades. Que puedan contar con que entendemos, aunque no aceptemos como conducta deseable, sus arrebatos de violencia y sus rebeldías. Que se sientan libres para consultarnos en sus dificultades. Que, como padres, estemos capacitados para guiarlos sin represiones injustificadas pero con firmeza y bondad.

Así, estando nosotros disponibles para darles la mano cuando nos necesiten, pero sintiéndose ellos libres para crecer, podrán los adolescentes lograr su emancipación emocional. De lo contrario arrastrarán a lo largo de la edad mal llamada "adulta", un pesado fardo de ataduras neuróticas. No es exclusivamente el malestar que crea el no poder valerse por sí

mismo y tener que depender de otros, sino además el resentimiento hacia la persona de quien se depende, resentimiento al cual el hijo no puede dar cauce y tiene que disimular, al mismo tiempo que lidia con sentimientos de ira y de culpabilidad.

La selección de una vocación u oficio

Es en la adolescencia que generalmente se definen los intereses, y que se confronta el individuo con la realidad de decidirse por una carrera u oficio. Si la selección es ajustada a su capacidad a la par que le produce satisfacción, una buena parte de su felicidad estará asegurada. A menudo la insatisfacción en las relaciones familiares nos lleva a tronchar al hijo su máxima productividad.

El individuo descontento de sí mismo, raras veces funciona bien en el matrimonio y en la familia. Equivocadamente puede pensar que su hijo lo pasará mejor si llega a ser lo que él no logró. Posiblemente se empeñe en que el prestigio o el dinero que produzca tal carrera u oficio sea el factor determinante de su selección. Tal vez no pueda aceptar que el hijo no tenga ni el interés ni la capacidad para la vocación que a él le parece mejor. Generalmente aquellos padres que están contentos de sí mismos y de las relaciones entre sí, aceptan la personalidad del hijo, la respetan, y muestran una mayor capacidad para estimularle en los ideales que él se ha trazado. No tienen la necesidad emocional de imponerle demandas que el hijo no puede, o no desea complacer.

Relaciones heterosexuales fuera de la familia

El hogar es, de hecho, la mejor escuela para el adolescente aprender a relacionarse con los del sexo opuesto. No sólo observa a papá y a mamá en sus relaciones, palpa el respeto que ambos se tienen y se percata del papel que cada uno des-

empeña en la constelación familiar, sino que si tiene otros hermanos se beneficia de las experiencias de éstos con sus amigas y amigos.

En el hogar armónico y donde los padres ejercen su función sin competir entre sí, la identificación del niño con el progenitor de su propio sexo es cada día más firme, orientándose sin tropiezos en cuanto a los patrones de comportamiento que debe seguir. Por otro lado, los apegos que en rachas ha tenido con el progenitor del sexo opuesto han constituido los primeros pasos del niño o niña en sus relaciones heterosexuales. Se observa que si las relaciones entre los padres son de naturaleza saludable, y que si ambos progenitores ejercen los papeles que tradicionalmente asigna la sociedad al hombre y a la mujer, el aprendizaje del hijo —más aún, su formación emocional le garantizarán más adelante su éxito en las relaciones heterosexuales.

El hogar debe ofrecer a los hijos adolescentes la oportunidad para mantener muchas amistades durante este período, en lugar de empujarlos a noviazgos prematuros. Si las relaciones entre padres e hijos han sido de confianza, y si los primeros no han estado asediados por miedos sexuales, les habrán ofrecido durante la niñez y preadolescencia los datos sobre fisiología y comportamiento sexual que los niños les han solicitado. Pero de más mérito aún, les habrán desarrollado una actitud saludable hacia lo sexual. Así no habrá en la adolescencia el común dilema de nuestros días en que supuestamente uno de los padres prepara al hijo en unas horas de íntima conversación, con respecto a los problemas de la sexualidad.

Los padres deben asegurar en este período una adecuada supervisión de las relaciones con los amigos del sexo opuesto; deben conocer a estos amigos; invitarlos a su hogar; fomentar las actividades en grupos tanto en los hogares como en los clubs y organizaciones juveniles. Juntos, padres e hijos pueden ponerse de acuerdo en cuanto a las horas de regreso al hogar al serles concedida autorización para salir, los gastos en que el

hijo puede incurrir sin sacrificar a la familia, y otros detalles que hoy no se discuten a pesar de que son motivos de discordias familiares.

La relación de confianza con los padres sirve para que el hijo esté en actitud de oír sus consejos cuando a todas luces el candidato o candidata seleccionada para el noviazgo "no reúna condiciones"... Padres y líderes juveniles debiéramos dedicar más tiempo al estudio de los problemas de la juventud, con miras a ayudarles a adquirir la capacidad para ser amigos, llevarse bien, entenderse, conversar, divertirse, sin necesidad de formalizar demasiado temprano un apego conducente a la exclusividad en las relaciones, o al matrimonio. Hoy pagamos muy caro, en términos de disloque familiar en un crecido número de hogares, por nuestra apatía o incompetencia en cuanto a la orientación de nuestros hijos para una adecuada selección del futuro cónyuge. Como que dejamos al azar lo que habrá de ocurrir en la estrecha convivencia con el compañero o compañera que debiera serlo de dos terceras partes de la vida de nuestros hijos.

Aceptación de su persona

Hay en la adolescencia una gran insatisfacción por lo que se es. En los primeros años de este período los cambios que ocurren en el cuerpo (de manera especial, por ejemplo, el busto en la niña y el cambio de voz en el jovencito) le hacen estar demasiado conscientes de la diferencia entre ayer y hoy... El estancamiento intelectual que por rachas limita el aprendizaje escolar, dificulta sus relaciones con los maestros y con los papás... El crecimiento físico, especialmente si se retrasa de manera notable o si sobresale demasiado, molesta para mantener status en el grupo. (No podemos olvidar que esto de ser aceptado por el grupo de los de su edad tiene una extraordinaria importancia para el adolescente)... Las nuevas exigencias de la sociedad en este período son a menudo incomprendidas... ¿Por qué si hasta la pubertad la niña pudo

moverse con relativa libertad por el vecindario y con sus amigas, ahora se le limita tanto y se le vigilan sus movimientos? Ella cree que sabe cuidarse, pero la temerosa mamá le recuerda: "ya tú eres una señorita". Para el varón esto no resulta un problema, pues se espera de él que "aprenda a ser macho". Pero por su parte él tiene que lidiar con un problema que no lo es tan serio para la jovencita —él tiene que lidiar con el control de los impulsos de la sexualidad solo, sin entenderse, si bien es cierto que adquiere algún sostén de sus compañeros, que están en el mismo dilema.

En el transcurso de la adolescencia los problemas relacionados con la aceptación de su persona y la comprensión de su yo van aminorándose. No serían serios si en el hogar hubiera la comprensión de los padres, si privara un tono de respeto a la madurez fisiológica que va perfilándose, si el niño no tuviera la experiencia de la ridiculez o de la humillación. De la actitud en la familia dependerán en gran parte los ideales que el niño se trace para su comportamiento en el grupo social y el que se afiance o no, su seguridad en su atractivo personal —base de seria importancia para su éxito en la vida.

Resolución de conflictos personales y de relaciones en el núcleo familiar

Lo que se es en la adolescencia, si no se reorienta, es lo que se llevará a la vida adulta y al matrimonio. Los conflictos interiores en relación con los padres y los hermanos y los que emanan de su descontento de sí mismo, pugnan por hallar solución en las nuevas relaciones que se establecen. A menudo el cónyuge es la inocente víctima de resentimientos, celos, envidias y hasta odios a personas significativas en el hogar que se dejó atrás.

Es sorprendente el número de casos en que el cónyuge representa inconscientemente al padre o a la madre, y sobre él se vierten los resentimientos que hubo que controlar en la niñez y en la adolescencia. . .

También se lleva en el adentro la maraña emocional provocada por una relación tormentosa con los hermanos. Las peleas entre hermanos son normales. De hecho, el hogar puede constituir en excelente laboratorio para aprender a lidiar con las emociones de los celos y de la envidia. Hay que observar, sin embargo, si las peleas tienen su origen en realidades de preferencias hirientes, privilegios al que es el mayor o al más chiquito, ventajas especiales al que posee prestigiosos atributos tales como inteligencia inusitada o algún talento especial, o atención sobreprotectora al enfermizo o al que tiene un defecto físico, con perjuicios para los demás.

Muy pocas veces logran los padres percatarse de su participación en el comportamiento del hijo, o comprender el efecto ejercido por la hostil convivencia con hermanos u otras personas en el núcleo familiar. Por este motivo, no es posible responsabilizar a los padres en grado significativo por la solución de los conflictos a que aludimos, como contribución suya de importancia para la felicidad futura del hijo adolescente. No hay duda de que no sólo será necesario utilizar el proceso educativo con los padres mediante actividades de grupos y orientación individual, sino que además será necesario instituir en el currículo escolar unidades de estudio prácticas sobre psicología, para ayudar a los adolescentes a comprenderse a sí mismos y en especial a entender las motivaciones de su conducta.

Comportamiento de adulto

El adulto se distingue principalmente por las cualidades siguientes: Sabe dar afecto y sabe recibirlo. Es generoso; comparte lo suyo con los demás. Sabe establecer relaciones y sabe conservarlas. Acepta a los otros cual ellos son; se respeta a sí mismo por lo que es y por lo que vale. Acepta las realidades de la vida; confronta los problemas dentro de esas realidades. Sabe posponer los placeres; pone en segundo lugar lo que desea cuando con ello podría afectar adversamente a los demás. Es una persona confiable; por su sentido de responsabilidad se

puede depender de él. Conoce sus derechos y responsabilidades. Sabe cuáles son las reglas del grupo social y por su propio discernimiento actúa como su propio monitor. Sabe cuidarse. Participa como le corresponde en la vida del hogar; se preocupa por el confort y bienestar de los demás. Está libre de miedos irrazonables; funciona con libertad interior y seguro de que con su esfuerzo puede confrontar como corresponde; los problemas de su vida y de sus relaciones.

En nuestro medio social contemporáneo, la sobreprotección del hijo le infantiliza, privándole del desarrollo cabal de su sentido de responsabilidad. Tócale a los primeros años del matrimonio vencer el escollo del retraso en este particular y posiblemente esto explique en parte el alto número de fracasos conyugales en los primeros años de unión.

Sería imposible determinar cuántos de nuestros adolescentes entran a la edad adulta en posesión de por lo menos la mayoría de los atributos de la madurez que hemos mencionado, en grado suficiente para funcionar armónicamente en la sociedad. Lo ideal sería que pudiéramos prepararlos para evitar que traspíes y sufrimientos amargaran su personalidad. Aunque mientras se vive hay la capacidad para aprender y para crecer, la adolescencia presenta una etapa bastante moldeable para alterar aquellos patrones de conducta que no conducen a la paz interior y a la feliz convivencia con otros. El hogar sigue siendo una fuerza modeladora, pero el poder de la escuela y otras agencias educativas, y especialmente la influencia de los compañeros de la misma edad, pueden utilizarse muy productivamente para enriquecer la personalidad de los jóvenes. Nuestra mejor aportación consistiría en darles la mano, en gesto comprensivo, para que contaran con nuestro sostén en la resolución de los conflictos propios de su edad.